

Uno

Jonathan

Andrea, repantingada en el confortable asiento del copiloto, tapizado en cuero negro, pulsa hasta el tope, con la yema de su grácil dedo índice, envuelto en el anillo, de plata en forma de calavera con alguna que otra piedra semipreciosa similar al rubí, que adquirió durante el primer viaje que realizamos juntos al extranjero, el botón octogonal, cuyo contorno, al igual que el de los demás pulsadores, se ilumina ante la falta de luz natural, que baja la impoluta y reluciente ventanilla delantera derecha del flamante y deportivo coche eléctrico de alquiler, cuya carrocería luce en un vistoso azul añil metalizado, que piloto, de regreso a casa tras una escapada romántica de fin de semana a un hotel rural de ensueño enclavado en un pintoresco paraje de las afueras de la metrópoli, a través de una solitaria carretera interprovincial mal señalizada y peor alumbrada.

El vestido, recién estrenado, que lleva puesto, de gasa beis, sin mangas y con estampado floral en tonos rojizos, escote de pico y falda corta de vuelo, adornada y entallada a su cintura de avispa con un cinturón estrecho a juego con su vestidura, le sienta como un guante a su fino cuerpo.

Una ráfaga de viento cálido, acompañada de unas gotas de lluvia estival, despeina su rizada, larga y capeada melena pelirroja, dándole un aire de lo más sensual.

Cautivado por su perturbadora y singular belleza, le lanzo un piropo espontáneo, provocando que sus pecosas mejillas se sonrojen y que sus voluminosos y apetecibles labios maquillados de color escarlata dibujen, en su expresivo y angélico rostro, una inevitable y contagiosa sonrisa enamorada.

Aunque todo en ella me resulta alucinante, es, sin duda, su desinhibido y exultante modo de reír lo que más me fascina. Recuerdo, de hecho, como si fuera ayer, que la primera vez que escuché su risa no pude más que preguntarme cómo demonios había sido capaz de vivir tantos años sin ella; y, desde entonces, ya no quise perderme, de ninguna manera, ni una sola de sus genuinas y confortantes carcajadas.

El reloj, mitad analógico, mitad digital, que incorpora el funcional salpicadero del automóvil marca con exactitud las diez y cuarto de la noche, ni un minuto más ni un minuto menos. A su vera, el GPS integrado indica, gráfica y sonoramente, que, justo a quinientos metros desde nuestra posición, hay una estación de servicio para recargar el vehículo.

Como la batería, que alimenta al motor eléctrico, está al cincuenta y cinco por ciento de su carga, decido no desviar el auto del carril derecho y conducir lo que queda de trayecto, hasta la zona norte de la ciudad, de un tirón.

Calculo que, a este ritmo, en aproximadamente tres cuartos de hora estaremos deshaciendo el equipaje, formado única y exclusivamente por dos maletas, la suya y la mía, que permanecen guardadas, y sujetas la una junto a la otra, en el dilatado maletero con olor a nuevo.

Hide And Seek, de Imogen Heap, suena de fondo por la emisora de radio local, cuya programación se compone de boletines informativos cada hora y música *indietrónica* el resto del tiempo, que acostumbramos a escuchar juntos por las mañanas —los días laborables a primera hora de la mañana y los días festivos a media mañana— mientras preparamos el desayuno y lo tomamos.

Andrea, que, ahora mismo, juega con un mechón enmarañado de su cabello, cuyos rizos se mueven al albedrío de la brisa, posa con delicadeza su cándida mano sobre la mía, que agarra la palanca de cambios mientras la otra maneja el volante, al tiempo que sus vivos ojos grises me observan con deleite.

Una connatural sensación de amor incondicional se adueña de mí al percibir nuestro contacto, pues todo lo que quiero, todo lo que necesito, todo lo que me importa de verdad se encuentra aquí conmigo, a mi lado, como un regalo sin parangón que me brinda la vida sin saber por qué; un regalo del que no me considero merecedor pero al que me entrego en cuerpo y alma desde que aquella irrepetible e inolvidable noche de verano hace cuatro años, en aquel acogedor bar de copas, se cruzaron, inexorablemente, nuestros caminos.

Repentinamente, Andrea desvía su mirada en dirección contraria. Al instante, noto cómo su suave tacto se torna trémulo; y, a pesar de hallarse tan cerca de mí, tan próxima a mí, de llevarla tan dentro de mí, tan adentro como nadie lo ha estado nunca ni lo estará jamás, de súbito, la siento lejos..., muy lejos. Entonces, en ese preciso momento, soy consciente de que, en realidad, no somos más que juguetes en manos de un despiadado destino, marionetas cuyos hilos escapan a nuestro control. Ya no hay maniobra que nos salve. Ya no hay vuelta atrás.

Una ráfaga de luz, proveniente de los faros delanteros circulares de una flagrante furgoneta blanca que se aproxima a nosotros como un rayo fulminante, nos ciega, nos embiste desde el costado, nos ensordece, nos hace volar y nos transporta, entre cristales y sueños rotos, a ras de un cielo teñido de sangre, separándonos sin remedio el uno del otro, arrebatándole la vida a Andrea en el acto y condenándome a sobrevivir la mía sin ella, a la noche más oscura.

Abro los ojos de sopetón, disparado por ese recuerdo imborrable que se repite cada noche en mi memoria, cuando las luces dejan paso a las sombras, constante en el tiempo, carente de piedad, como la vida misma. El corazón me late a mil por hora y tengo la impresión de que está a punto de salirse por la boca. Me enjugo las lágrimas abrasadoras que resbalan por mi cara. Me incorporo. Suelto un suspiro desesperado, uno de tantos.

El vetusto despertador de la mesilla señala las tres menos cuarto de la madrugada. ¿Adónde voy a estas horas? Me levanto de la cama. Subo la persiana por cuyas rendijas sopla un viento que

la sacude violenta y ruidosamente, encrespándome. Me asomo a la ventana. Inspiro una bocanada de aire fresco como si me fuera la vida en ello.

Dos muchachas, más o menos de la misma altura y compleción, atraviesan, a paso tranquilo y cogidas de la mano, la angosta y empedrada calle, desierta e iluminada por farolas a esta hora intempestiva, en la que se ubica el multicultural edificio de cinco plantas que alberga el piso en el que vivo de alquiler con mis dos mejores amigos, Leonardo y Abraham, desde hace un año.

Cojo la cajetilla de tabaco medio vacía que compré por la mañana temprano en el estanco que hay justo al lado del portal, y que rige un señor entrañable, cuyo nombre desconozco, que, cada vez que me atiende, me cuenta una anécdota que al principio siempre se me antoja del todo rocambolesca pero que al final, cuando la digiero e interiorizo su moraleja, nunca me deja indiferente; tanto es así que acabo dándole vueltas a lo largo del día, hasta la siguiente historieta. La de ayer daba a entender algo así como que no hay peor ciego que el que no quiere ver.

Me enciendo un cigarrillo con el único mechero de mi colección que funciona. Le doy un par de caladas, ansioso. Lo apago sin más ni más.

Alzo la vista a un cielo despejado y salpicado de estrellas. Prisionero de la angustia, trato de buscar a Andrea en alguno de aquellos cuerpos celestes. Querría pedirle perdón por no haberme ido con ella. Querría decirle que no la olvido. «Han transcurrido dos años, once meses y veintidós días desde que te fuiste, y todavía sigues siendo lo primero en lo que pienso cuando me despierto y lo último en lo que pienso cuando me acuesto», le diría. Querría confesarle que me he vuelto nihilista, pues, después de ella, no hay nada en lo que merezca la pena creer.

La veo en todas partes y en ningún sitio, como un espejismo que, con tan solo rozarlo con la punta de los dedos, se desvanece ante la cruel realidad.

Duele. Duele sobremanera. Según el momento, el dolor se agudiza o se atenúa, pero, desde luego, no hay momento en que no duela.

Descompuesto, me apoyo en el marco de la ventana, con la vista fija al frente, al infinito, viendo sin ver nada, buscando, sin éxito, un punto de equilibrio que me ayude a sostenerme, a mantenerme en pie.

El nudo que ciñe mi garganta me oprime con todas sus fuerzas, extinguiéndome. «Qué puta eres, vida, qué pedazo de puta», chilló en mi fuero interno hasta desgañitarme, hasta quedarme sin voz, hasta perder el aliento.

Cojo el despertador y lo estampo contra el suelo, furioso con la vida pero, sobre todo, conmigo mismo.

Entro en el Phoenix, un sórdido y recóndito garito situado en una callejuela del centro, a tan solo unos minutos de mi distrito, que frecuento cada vez que siento una necesidad imperiosa de evadirme, pues, siempre que pongo un pie aquí, es como si en realidad me introdujera en una

especie de mundo subterráneo en el que, a diferencia del de ahí fuera, la noción del tiempo se volatiliza.

Camino seguro de mí mismo, imperturbable en apariencia. La gente, sudorosa, lasciva y abducida por la música, se aparta a mi paso, como si temieran que los fuera a apartar yo a saber cómo. Noto cómo unas gotas de sudor se deslizan por mi torso, cuyos poros no cesan de despedir la zozobra que golpea mi interior.

Le pido un cubata, cargado, a Edgar, el dueño del antro, un tipo gallardo y fornido entrado en años que lo gobierna desde hace una década junto con Casandra, su esposa, a quien conoció en un famoso club de *striptease* de la capital cuando ambos eran unos veinteañeros. Él era uno de la *strippers*; ella, una de las espectadoras.

—¿Cómo va la noche, Johnny? —me pregunta con su voz enronquecida.

—Las he tenido peores. —Le estrecho la mano que me acaba de tender, áspera como papel de lija.

A mi izquierda, un grupo de jugadores de un equipo de fútbol local, vestido con la camiseta de su conjunto, celebra con chupitos de tequila su victoria más reciente. A mi derecha, en una esquina sombría, dos jóvenes muy acicalados con aspecto de niños bien esnifan al unísono una raya de cocaína.

—¿Algo *especial* para esta noche? —inquire, refiriéndose a las diversas sustancias estupefacientes y psicotrópicas que vende, a sabiendas de la policía antidroga, cuyo jefe percibe una cuantiosa comisión por hacer la vista gorda (y, ya de paso, de vez en cuando se da un homenaje *by the face* por creerse el puto amo de su repugnante universo), a sus clientes fidedignos.

—Esta noche no, gracias.

Cojo el cubata que me acaba de servir, en un vaso de tubo de cristal, rayado hasta la saciedad, me apoyo en la pared, junto a la barra, y me lo tomo con parsimonia, trago a trago, al tiempo que observo el variopinto gentío que, como de costumbre, abarrota el amplio local. *Nightcall*, de Kavinsky y Lovefoxx, lo inunda con su sonido electrónico.

Como dice la canción, hay algo en mi interior difícil de explicar; algo que convive conmigo día sí, día también, algo que, por descontado, el grupo de chicas que se halla enfrente de mí, a unos pasos de distancia, y que no me quita ojo, ignora.

Echo un vistazo a cada una de ellas. Al fijarme en una en particular, un recuerdo nítido e intenso se apodera de mi memoria.

Dafne —mi mejor amiga—, Gabriel —su novio—, Abraham, Leonardo y yo, joviales, entrechocamos nuestros respectivos botellines de cerveza tras brindar por el inminente y prometedor ingreso en la universidad de Dafne, que aspira a convertirse en toda una profesional del periodismo.

Lo cierto es que, con lo tenaz y lo espabilada que es mi mejor amiga, no tengo la más mínima duda de que, más pronto que tarde, logrará hacerse un hueco como periodista.

Visto y no visto, justo cuando me dispongo a darle el primer trago a mi cerveza, alguien se choca con mi brazo, que sostiene el botellín, con tan mala suerte que la bebida se desparrama por mi camiseta.

—¡Ay, cuánto lo siento, de veras! He dado un traspíe...

Miro a la chica que acaba de tropezar y que se justifica con bochorno. Su rizada y larga melena pelirroja le cubre parte de su níveo y pecoso rostro; pero, en seguida, se aparta un mechón de pelo, dejando a la vista unas mejillas ligeramente sonrojadas por la vergüenza y unos ojazos grises que se me clavan en lo más hondo. Trago saliva. Quizá no haya sido tan mala suerte... Con dificultad, cojo una servilleta de papel del servilletero que está justo a mi lado y, turbado, trato de secarme el líquido.

—No te preocupes —la disculpo.

Nerviosa, hurga en su bolso.

—¡Aquí está! —exclama, de lo más graciosa, al sacar un pequeño recipiente cilíndrico. Reprimo una sonrisa—. Esto es mano de santo para cualquier mancha —asegura, con voz cantarina y una sonrisa de oreja a oreja, mostrándome el envase como si de un anuncio se tratara. Reprimo otra sonrisa.

—¿Lo comercializas o qué? —bromeo—. Me da la impresión de que me lo quieres vender... Se ríe, desinhibida y exultante. ¿De dónde ha salido esta chica? Y, lo que es más importante, ¿dónde se ha escondido durante todo este tiempo?

—¿No lo habrás hecho a posta? —le digo, con chanza y tonto, señalando mi camiseta.

Chasquea la lengua y pone un brazo en jarra.

—Vaya, me has pillado —me vacila.

Me parece que alguien está tratando de decirme algo, pero apenas alcanzo a oír una especie de murmullo... Todos y cada uno de mis sentidos han decidido centrarse en una sola persona.

Durante un instante, nos quedamos mirándonos, ausentes de todo y de todos los que nos rodean, como si, en realidad, no fuéramos solo un par de desconocidos que se acaban de cruzar.

De repente, sin previo aviso, me coge de la mano, y algo, en mi interior, se despierta.

—Si yo fuera tú...

Ismael, un muchacho avisado de dieciocho años al que conocí la primera vez que vine aquí y por el que siento un gran aprecio, me devuelve, a bocajarro, al presente.

Un vacío tan consabido como abismal me engulle poco a poco, recreándose. Me apercibo de que Ismael está escrutando, con semblante divertido, al grupo de chicas que mira con insistencia en nuestra dirección.

—La pelirroja —determino.

—Buena elección —coincide.

Durante un momento, en el que soy incapaz de hallarme, pues tengo la sensación de que mi cuerpo y mi espíritu no se encuentran en el mismo lugar, un silencio cómplice nos atrapa.

—¿Qué haces por aquí a estas horas? —inquiero, fraternal.

—¿Y tú? —me contesta, granuja.

—¿No estarás trapicheando otra vez? —intuyo, preocupado.

—Se hace lo que se puede —declara, abierto.

—Joder... —lamento—. ¿No llegáis a fin de mes o qué? —le pregunto, sabedor.

Los padres de Ismael fallecieron en un accidente de tráfico —quizá esa es la razón por la que existe una especie de conexión entre nosotros— cuando él era tan solo un bebé; y, desde entonces, vive con su tía de cincuenta años, el único miembro de su exigua y disgregada familia que quiso criarlo y cuidar de él, a duras penas, puesto que ella padece una enfermedad crónica e incurable que le obstaculiza acceder a la mayoría de puestos de trabajo que sus escasos estudios y su intermitente experiencia laboral le permiten optar.

—Este mes nos da para pagar los gastos de la casa, pero no para comer —confiesa, resignado.

Una punzada de indignación me corroe al verlo y escucharlo. Lo escudriño con la mirada. Desde luego, no cabe duda de que es un buen chaval al que la vida no se ha dignado a sonreír. Introduzco mi mano en el bolsillo delantero derecho de mi pantalón y extraigo un billete de cien euros, doblado por la mitad, que he sacado, tras salir aprisa de casa, de un cajero automático cercano a mi domicilio. Se lo ofrezco.

—No puedo aceptarlo, tío —expresa con apuro, negando con la cabeza.

—Sí que puedes —sentencio. Acto seguido, se lo guardo en el bolsillo izquierdo de su raído pantalón. Se le llenan los ojos de lágrimas.

—No sé cómo agradecerte lo que... —manifiesta con voz entrecortada.

—Lárgate —le apremio. Me sonrío, verecundo, dejando a la vista el diente, uno de los dos incisivos centrales superiores, que tiene partido casi por la mitad. Esbozo una media sonrisa.

Antes de salir escopetado, zambulléndose entre la gente, me lanza una mirada henchida de admiración.

A todo esto, el grupo de chicas que aún permanece enfrente de mí sigue sin quitarme ojo. Le lanzo una mirada insinuante a la pelirroja, que no tarda ni un segundo en ruborizarse. Una de las chavalas que la acompaña, al percatarse de mi gesto, le da un codazo con complicidad y enseguida se ponen a cuchichear.

Al cabo de un breve lapso de tiempo, la pelirroja se acerca a mí con andar lento, mejillas ruborizadas y mirada cohibida, estrujando con sus manos el minivestido blanco y negro que viste, mientras las demás chicas del grupo centran su atención en mí. Sonrío para mis adentros. Que dé comienzo el espectáculo.

—Hola —me saluda, comedida y sonriente—. ¿Cómo te llamas?

—No es un dato importante —respondo, brusco. Traga saliva, cortada. Sus mejillas, que ya venían sonrojadas, se incendian de un momento a otro. No sabe dónde meterse. No obstante, aguanta el tipo y no se mueve de donde está. Espero a que se pronuncie de nuevo, impassible.

Cada dos por tres, me lanza miradas inquisitivas, haciendo un esfuerzo, vano, por entenderme. Mientras tanto, sus acompañantes, entretenidas, no cesan de gesticular con la clara intención de incitarla a que continúe hablando conmigo; sin embargo, ella parece recelosa.

Tras un rato más de indecisión, en el que me ha dado tiempo a terminarme el cubata, comienza a pronunciar un monólogo en el que me cuenta, animada, que se graduó en Turismo hace dos años y que, debido a ello, consiguió trabajo en una agencia de viajes el año pasado, gracias al cual, ha visitado, hasta la fecha, numerosas ciudades extranjeras, que, justo en este preciso instante, se dispone a enumerar—. No me interesa tu vida —la interrumpo, tajante. Enmudece. Estoy convencido de que es la típica persona a la que, en una conversación, le entusiasma escucharse única y exclusivamente a sí misma. Por suerte, no es intercambiar palabras lo que deseo—. ¿Vienes? —Clavo mi mirada en la suya y le tiendo mi mano, ante su sorpresa. Asiente, expectante, y me da su mano sin vacilación.

Las féminas con las que nos tropezamos en el baño se quedan mirándome con curiosidad al verme entrar de la mano de la pelirroja, que sigue mis pasos prácticamente pegada a mi espalda, sin inmutarme.

—¿Qué tal, chicas? —saludo con naturalidad. Todas y cada una de ellas, sin excepción, entre risas, guiños, comentarios por lo bajini y miradas de todo tipo, me devuelven el saludo.

Me meto con la pelirroja, que me interroga con sus ojos aguamarina sin dar crédito, en uno de los *toilettes* individuales. A continuación, cierro la puerta, repleta de lóbrigos grafitis, y echo el pestillo. Me giro hacia ella y, seductor y lujurioso, la examino de arriba abajo con la mirada, regocijándome. Advierto cómo se le agita la respiración por momentos. Provocador, la empujo contra la pared. Jadea. Reprimo una sonrisa. Me lanzo, voraz, a su boca, invadiéndola con mi lengua, y a su cuello. La manoseo a mi antojo. Se restriega contra mí una y otra vez, poniéndome a mil por hora. Le agarro los muslos —noto cómo se le contraen los músculos nada más tocarla— y le subo el vestido.

—¿Me lo vas a hacer aquí? —me susurra, excitada.

—¿Acaso no lo deseas? —le digo al oído, al tiempo que me deshago de sus bragas de encaje.

—Sí —afirma de inmediato, jadeante.

Saco mi cartera del bolsillo interior de la chaqueta de cuero que llevo puesta, extraigo un preservativo de uno de los compartimentos y la devuelvo a su sitio. Me quito el cinturón, me desabrocho el botón del pantalón vaquero y me bajo la cremallera. Desenvuelvo el condón y me lo coloco con presteza. La pelirroja me besa apasionada. La ayudo a que rodee mi cintura con sus piernas y, sin preámbulos, la penetro. Suelta un gemido de placer que me pone peor de lo que ya estaba. Entro y salgo de ella con frenesí, en un intento desesperado de expulsar *eso* que llevo

dentro y que es tan difícil de explicar... y de soportar. Gime con escandalosa persistencia. Le tapo la boca con la mano y se vuelve loca, retorciéndose. Su cadera y la mía se mueven cada vez con mayor desenfreno..., hasta que ella ya no aguanta más y se deja llevar, explotando. A los pocos segundos, me corro yo también.

Crystalised, de The xx, empieza a sonar tan pronto como salimos del servicio. Me subo la solapa y la cremallera de la chaqueta con el fin de marcharme sin dilación. Jugueteo con el pitillo que me voy a fumar en cuanto ponga un pie en el exterior.

—¿Sabes? —dice, dirigiéndose a mí, la pelirroja, captándome de nuevo—. Me gustas mucho.

—Eso es porque no me conoces.

—¿Te doy mi número de teléfono? —me pregunta, con gozo, mientras se atusa el cabello, haciendo oídos sordos a mi toque de atención.

—No —le contesto, sin excusas ni explicaciones.

Inmediatamente, la expresión de su rostro muestra desilusión.

—No te gusto lo suficiente, ¿no es así? —presupone, cabizbaja.

Hay que joderse... Levanto su mentón, obligándola a que me mire fijamente a los ojos.

—No te infravalores delante de mí ni de ningún otro tío —le sugiero, muy serio—. No busco nada más, eso es todo —argumento con franqueza. Asiente con la cabeza y sonrío tímidamente.

Le guiño un ojo a modo de despedida y, acto seguido, me encamino hacia la salida; una salida rodeada de luces rojas parpadeantes que parecen llamarme a voz en grito.

Dos

Verónica

«Tatúatelo en la mente de una vez por todas: “Jonathan nunca sentirá por ti lo que tú sientes por él”», le exhorto, con amargura y desesperación, presa de la más absoluta impotencia, a la atormentada y desconsolada chica de diecisiete años recién cumplidos que aparece reflejada, con mirada funesta y lacrimosa, en el gigantesco espejo que tengo enfrente de mí.

Ojos desconocidos y curiosos que entran y salen constantemente del espacioso baño en el que me hallo se centran en mí; pero no me incomodan lo más mínimo.

Ahora mismo, soy un manojo de nervios. Observo cómo me tiemblan las manos, frías como un témpano de hielo. Maldita sea, ¿cómo es posible que me afecte tanto lo que Jonathan haga o deje de hacer a estas alturas? Él siempre me verá y me tratará como a la hermana pequeña que nunca tuvo; aunque me duele en el alma, esa es la cruda y puta realidad que he de asumir sin más dilación, o me volveré loca.

Con la intención de calmar la ansiedad que me carcome, realizo el siguiente ejercicio: relajo los hombros, cierro los ojos, pongo la mente en blanco —esta es, por descontado, la parte que más me cuesta, de modo que me tomo mi tiempo—, inspiro despaciosamente hasta llenar mis pulmones, contengo la respiración durante unos segundos y, acto seguido, espiro paulatinamente hasta vaciarlos. Repito la operación un par de veces, hasta que percibo cómo, poco a poco, se va aplacando mi extremada inquietud.

Considerablemente más sosegada, y, por consiguiente, con el pulso más estabilizado, me retoco el maquillaje que las lágrimas cargadas de rabia y frustración han corrido por completo, dibujando, a su paso, una figura de lo más grotesca.

Antes de reaparecer en la pista de baile que hace tan solo unos minutos he abandonado de sopetón, dominada, una vez más, por el desengaño, hago un esfuerzo capital por mentalizarme.

Me quedo mirando mi reloj de pulsera, el cual me autoregalé este verano con la paga extra que mis padres me dieron con motivo de los excelentes resultados académicos que obtuve el curso pasado, y, tras unos segundos de ensimismamiento, abro el portafotos que lleva incorporado. Observo, con un nudo en la garganta y otro en el estómago, la minúscula fotografía en la que parecemos abrazados Jonathan y yo, cuando él era un adolescente y yo una niña.

Siempre hemos sido uña y carne; y, a pesar de que ahora la relación que nos une se haya convertido en una montaña rusa, sé que, en el fondo, lo seguimos siendo.

«El mundo no se acaba aquí, nena; sobrevivirás a esto», le aliento, en un nuevo intento por ver la vida de otro color, a la atribulada chica del espejo.

Luces violáceas, purpúreas y amaratas, emitidas por focos dispuestos en el techo de la afamada, ciclópea y psicodélica discoteca de tres plantas —la primera alberga la discoteca propiamente dicha; la segunda, un karaoke; y la tercera, una terraza *chill out*— a la que acudo los sábados por la noche, bañan la céntrica, colosal y estrellada pista de baile, abarrotada de jóvenes y adultos que brincan con fervor al ritmo de *Don't You Worry Child*, de Swedish House Mafia y John Martin, el tema que está pinchando Alejandro, mi hermano mayor y *disc-jockey*, desde la elevada cabina de música con forma de cubo abierto que reina en la disco.

Una irremediable sonrisa de complacencia se dibuja en mi rostro al percibir la pasión con la que mi obstinado hermano disfruta de su incuestionable vocación, tras años de luchar, día sí, día también, contra viento y marea. Aún me acuerdo, como si fuera ayer, de las incesantes y duras críticas que tuvo que soportar por parte de nuestros padres cuando les confesó la profesión a la que deseaba dedicarse, ya que la consideraban un mero *hobby*.

Al final, gracias a los innumerables esfuerzos que hizo para demostrarles su talento y su valía, acabaron aceptando su decisión y comprendiendo que ser *disc-jockey* es lo que realmente le hace feliz.

Le pido a Anahí, la novia de mi hermano, que me prepare uno de sus apetitosos cócteles sin una gota de alcohol. Enseguida, selecciona rápidamente cuatro botellas de no sé qué bebidas, coge una coctelera, vierte con presteza unos chorros, en mayor o menor medida, de cada una de las bebidas y, acto seguido, agita la coctelera con mano experta. Al cabo de unos segundos, coge una copa y me sirve en ella el resultado: un cóctel espumoso de color granate. Lo pruebo con gusto.

—¿Y bien? —inquire, expectante.

—Mi exquisito paladar lo califica como *delicioso* —aseguro, vehemente.

Me lanza una sonrisa de júbilo capaz de iluminar este lugar, y cualquier otro, de cabo a rabo.

—Y ahora, ¿me vas a contar lo que te pasa?

A veces, desearía que ella, entre otras personas, no me conociera tan bien.

—Una tontería —trato de disimular. Hago un gesto con la cara para quitarle hierro al asunto. Anahí, intuitiva, me da un apretón afectuoso en la mano y me mira fijamente a los ojos.

—No dejes que nada ni nadie te joda tu juventud.

Pongo todo mi empeño en que las lágrimas que tratan de asomarse al precipicio de mis ojos no se desborden de un momento a otro.

—Lo intentaré durante el resto de la noche, al menos —suspiro.

Me aproximo, con mi riquísimo cóctel afrutado en mis manos, al reservado donde mi amiga Ariadna y mi amigo Christian están haciéndose unas fotos de lo más cómicas con sus respectivos teléfonos móviles de última generación, de los que no se separan ni a sol ni a sombra. Alguien me da una palmada en el culo, sobresaltándome.

—¡Bomboncito! —exclama mi alocada amiga Jacqueline—. ¿A qué esperamos para poner en práctica las clases de baile que hemos tomado este verano?

Me coge de la mano y hace el amago de arrastrarme a la pista de baile, pero la detengo.

—Ahora mismo no me apetece mucho, Jacqueline.

Hace una mueca de disgusto.

—Pues te vendría de perlas mover el esqueleto para sacudir las penas, tonta.

—Lo sé —suspiro—. Pero no estoy de humor.

Sacude la cabeza. Me fijo en que lleva el minivestido mal puesto. Se da cuenta y se lo coloca, mirándome con cara de pilla.

—Yo también necesito darle una alegría al cuerpo de vez en cuando, ¿no?

—¡¿Que has hecho qué?!

Mira en dirección a Abraham, compañero de piso de Jonathan y uno de sus mejores amigos.

—No hay nada mejor que el sexo sin compromiso, créeme.

—Si tú lo dices...

—Sí, yo lo digo —asevera—. Y tú, ¿a qué esperas para estrenarte?

—¿Bailamos? —digo en un, probablemente, vano intento por cambiar de tema.

—Ahí tienes a un candidato que apunta maneras.

Se refiere a Damián, un compañero de clase que me tira los trastos en cuanto tiene ocasión.

—¿Cómo no me había percatado antes? —ironizo—. Tómame el cóctel por mí, que allá voy.

Damián es un chico muy popular en el instituto y, sobre todo, muy deseado entre las féminas. He de reconocer que el muchacho es monísimo, y conmigo, hasta la fecha, ha sido encantador. Sin embargo, me consta que muchas de las compañeras con las que se ha enrollado no pueden decir lo mismo de él, puesto que, al parecer, cada curso se pone como objetivo conquistar a algunas de las alumnas con el único fin de acostarse con ellas. Personalmente, sé de alguna que otra que se ha quedado bastante tocada tras haberse liado con él; pero solo conozco la versión de ellas. No obstante, esa es una de las razones por las que procuro no seguirle el rollo; es decir, si yo tuviera las mismas intenciones que él, supongo que no tendría ningún inconveniente, pero, como hoy por hoy sus intenciones no son las mismas que las mías, es absurdo que yo juegue a su juego.

—Ja, ja, ja —se carcajea—. A ver, muñeca, plantéate que, si ahora mantienes relaciones sexuales con Damián, ya estarás experimentada cuando, en un futuro, lo hagas con Jonathan.

Me atraganto con el sorbo que le acabo de dar al cóctel.

—A ti se te ha ido la cabeza del todo.

Pone los ojos en blanco.

—O sea, que lo que pretendes es pasarte toda tu vida esperando única y exclusivamente a que llegue el día en que tu querido Jonathan te quiera como tú quieres que lo haga, ¿no es así? —me dice con tono reprobatorio.

La música resuena a nuestro alrededor, pero el silencio se hace entre nosotras, acallándonos. No sé qué contestar. De todas formas, ¿qué más da lo que responda? Si hay algo que tengo claro

es que mis pensamientos y mis sentimientos se dan de bruces. Por un lado, mis pensamientos me instan a que asuma la realidad de una vez por todas y actúe en consecuencia, pero, por otro lado, mis sentimientos me mueven a que no pierda la esperanza y haga todo lo que esté en mi mano para transformar la realidad, pues cabe la posibilidad de que, tarde o temprano, él me corresponda.

—Lo peor de todo es que, aunque luche con todas mis fuerzas para vencerlos, mis sentimientos son más fuertes que yo, y acaban saliéndose con la suya —pienso en voz alta.

Jacqueline me mira y niega con la cabeza.

—Ay, tía, no se puede ser tan romántica —me riñe—; es un error como una casa.

Sé que tiene razón, muy a pesar mío. Ojalá algún día sea capaz de actuar como Jacqueline, de tomarme la vida, las relaciones, como se las toma ella. Quizá termine por conseguirle. Tal vez, a base de tropezar mil veces con la misma piedra, espabile y cambie el chip de una maldita vez.

—Entonces, ¿no te importa que pospongamos lo de romper la pista de baile?

Me da un abrazo capaz de confortar a cualquiera sea cual sea su estado de ánimo.

En el reservado, me siento en el sofá de cuero que está desocupado, el de tono rosáceo. Advierto que alguien ha pegado en el asiento una pegatina blanca y redonda con unas letras cursivas escritas a mano con un rotulador negro de punta fina. Juraría que la primera vez que me senté aquí no estaba. La despego y leo la frase: «*Déjame que seque tus lágrimas y las convierta en sonrisas, Verónica*». ¡¿Perdón?! Echo un vistazo a mi alrededor y reparo en que Ariadna no me quita ojo. Le lanzo una mirada interrogativa y, sabedora, me hace un gesto con la cara en dirección a... Damían.

De repente, un grupo de chicos se aparta de mi campo de visión, abriendo ante mí la escena que hace un rato me ha hecho añicos... y que ahora me hace polvo.

Ver a Jonathan enrollarse con todo tipo de bellezas pelirrojas delante de mis narices no es algo que me resulte inédito, pero, aun así, cada vez que veo esa imagen, me descompongo y me rompo en mil pedazos como si fuera la primera vez; y me temo que, por muchas veces que se repita, continuará afectándome de la misma manera.

A pesar de poner todo mi empeño en evitar la segunda hecatombe de la noche, es superior a mis fuerzas: una lágrima sucede a otra, hasta que, todas ellas, imparables y profundas, me ciegan.

Al verme desmoronada, Christian sale disparado hacia mí como una bala para consolarme.

—Lo siento mucho, Christian... —me disculpo entre sollozo y sollozo, culpable y avergonzada, mientras me abraza—. Te estoy mojando la camisa con mis lágrimas y, para colmo, manchándotela con mi maquillaje.

—Verónica, por favor, no te preocupes, y mucho menos te disculpes, por esa tontada —me regaña cariñosamente.

Me enjugo las lágrimas, cansada de revivir sin tregua la misma historia de siempre. ¿Cómo puedo ser tan estúpida? Definitivamente, no puedo seguir así. ¿Cuántos años llevo torturándome?

—¿Cuántos desengaños necesitas para darte cuenta de cómo funcionan las cosas? —me recrimina Ariadna.

—Ya sé cómo funcionan las cosas —confieso, compungida.

—En ese caso, ¿por qué no aprendes a manejarlas?

—¿Acaso tú puedes manejar tus sentimientos?

—No me cabe la menor duda de que se pueden controlar, si se está dispuesto a ello, claro.

—Pues, ya que parece dominar la materia, podrías enseñarme a controlar los míos, o incluso a hacerlos desaparecer —suelto con ironía.

—Si lo desearas de verdad, serías capaz de desenamorarte de él.

—¿Serías tan amable de explicarme cómo?

Se levanta del sofá y me incita a que yo también lo haga. Me levanto. Me encara.

—Míralo. —Señala con la mano a Jonathan.

—No quiero mirarlo.

—Normal. Porque, si lo hicieras en este preciso momento, no tardarías ni un segundo en darte cuenta de que no es para ti.

—¿Y para quién si no?

—Para una obsesa como él —escupe.

—Entonces, estamos hechos el uno para el otro.

Entorna los ojos.

—¿Has perdido la razón o qué? —me reprende.

—Él lleva demasiado tiempo en la oscuridad..., pero, si me dejara, yo podría traerlo de vuelta a la luz —exteriorizo.

Hace una mueca de desagrado.

—Siguiendo tu metáfora... —me dice Christian—, ¿qué te hace pensar que no sería él quien te arrastraría a las tinieblas?

La pregunta de mi mejor amigo se queda en el aire, y yo, aturdida y contrariada, me esfumo.

Atravieso la concurrida pista de baile, abriéndome paso entre una multitud que baila, entregada, al ritmo de *Spectrum (Say My Name)*, de Florence + The Machine y Calvin Harris.

Cuando estoy a punto de llegar a la puerta principal con la intención de marcharme, me cruzo con Leonardo, el mejor amigo de Jonathan, que me lanza una mirada perspicaz. Paso de largo y sigo mi camino; pero, justo en el instante en que me dispongo a salir, alguien me agarra el antebrazo, impidiendo mi retirada. Me giro, convencida de que se trata de Leonardo; sin embargo, no es a él a quien me encuentro..., sino a Jonathan..., con sus profundos ojos verde esmeralda escudriñándome, su cabello castaño oscuro peinado de manera desenfadada, casi revuelto, y su esbelto y moreno cuerpo vestido con un pantalón vaquero gris oscuro, adornado con un cinturón de cuero negro con una hebilla de plata en forma de dragón, y una camiseta negra que deja entrever el caótico tatuaje de su brazo izquierdo.

Las estúpidas mariposas de mi estómago aletean como si les fuera la vida en ello.

—¿Por qué has llorado? —me pregunta, serio, sin soltarme.

—¿A ti qué te importa? —le respondo, áspera.

Hago el amago de largarme, pero me detiene tirando de mí con firmeza.

—Contéstame —me ordena, severo.

Su persistente mirada se me clava en lo más hondo; no obstante, hago acopio de mi fuerza de voluntad para que no me desarme del todo.

—¿Se puede saber qué piensas hacer? —escupo, envalentonada.

—Haré lo que tenga que hacer. Responde a mi pregunta.

—¿Acaso te he pedido que hagas algo por mí? —le replico, desafiante, cabreándolo.

Intento zafarme de nuevo, sin éxito.

—¿Me puedes explicar por qué cojones me contestas últimamente de un modo tan insolente?

El corazón está a punto de salirse por la boca.

—Porque te lo mereces —le espeto, exasperándolo aún más.

Me atrae hacia él, impetuoso.

—¿Sabes cómo me tienes de tus contestaciones, niña? —Hace una pausa—. Harto. Hasta los huevos. —Hace otra pausa—. Ni se te ocurra volverme a contestar así —me advierte, duro, articulando cada palabra con su atractiva voz. Trago saliva. Me quedo mirando sus carnosos y curtidors labios, reprimiendo mis ganas de besarlos. Hasta que, de súbito, me libera y desaparece.